el mártir del gran error era consecuente. Tan pronto como se deja dominar de él, su locura se manifiesta por actos extraños: está desconocido. Semejante a los sacerdotes de los ídolos, que escudriñaban minuciosamente las entrañas de las víctimas para investigar en ellas la verdad, ¿no le ves arrojarse como un desesperado sobre las criaturas buscando en ellas la felicidad, el goce, la vida, en fin?

El esclavo encadenado a la rueda de molino, el demente que bañado en su sudor se consume por agotar un poco que nunca verá seco, son débiles imágenes de la asiduidad, la fatiga, el ardor febril del infeliz fascinado. Trabajando noche y día en los ríos, en los mares, en los ferrocarriles, en las entrañas de la tierra, no deja que descansen sus miembros, y menos su cerebro.

No has olvidado que en nuestra visita al fondo del corazón humano encontramos tres bestias furiosas, que no esperan sino el momento de verse sin cadenas para llevar por doquiera el desorden y la desolación. Esas bestias, de fuerza terrible y de voracidad insaciable, son las tres concupiscencias: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida.

El gran error las abre la jaula, las desencadena y las lanza a la arena del mundo, del cual luego al punto se enseñorean. Desde que esta

vida se toma por la vida, los goces son el fin, el fin único, el fin apasionadamente perseguido. Las tres concupiscencias se presentan como el triple medio de conseguirlo. Veamos sus obras, es decir, los desastres que ocasionan.

La concupiscencia de la carne. Gula y lascivia: he ahí lo que es; deleite en el comer, y otros deleites sensuales: he ahí lo que quiere. En el esclavo de tal concupiscencia, el alma, decaída de su dignidad, no es más que la criada del cuerpo, la proveedora de sus groseros y culpables goces. En este vergonzoso oficio se prostituyen y se gastan sus pensamientos, sus deseos, sus más nobles facultades... ¿No ves a esa pobre alma dedicada a inventar cada día algún nuevo medio de mejorar la *buena vida* de su tirano, de disponer más cómodamente su palacio, de dar pábulo a su molicie, y de satisfacer, sin poderlo jamás lograr, sus mil necesidades ficticias?

Aguijoneada constantemente por la concupiscencia de la carne, la infeliz esclava analiza, descompone y recompone las sustancias alimenticias; cruza mares y tierras para hacer llegar a la mesa de su amo los vinos más exquisitos, los manjares más buscados, los productos más raros, y por hacer a toda la creación tributaria de su paladar y del último de los sentidos, de su tacto.

Estos primeros placeres llaman a otros des-

pués de sí. Delicadamente alimentada la carne, se hace rebelde. Hablan los sentidos y quieren que se les obedezca: es poco mancillarlos en secreto; la concupiscencia de la carne busca por todas partes combustible para las llamas impuras que los devoran, y encuentra ese pábulo funesto y lo diversifica de mil maneras. A la vista tenemos la prueba.

¿Quién ha cubierto la Europa de teatros corruptores? La concupiscencia de la carne. ¿Quién ha inundado e inunda el mundo de libros obscenos? La concupiscencia de la carne. ¿Quién provoca, con justificarlos y cantarlos, tantos y tan desastrosos desvaríos del placer? La concupiscencia de la carne. ¿Quién pinta y esculpe y graba y fotografía las desnudeces más repugnantes? La concupiscencia de la carne. ¿Quién abre y puebla las casas de corrupción? La concupiscencia de la carne. ¿Quién costea tal equipo y tan caras habitaciones a las damiselas célebres, quién las paga tanto lujo, las colma de riquezas y las cubre de la más rica pedrería? La concupiscencia de la carne[1]. ¿Quién

1. De una se sabe que saca cien mil pesetas al año; otra se casa con seis millones de reales; otra muere, y se saca cuenta de que había ganado cuarenta y ocho millones. En junto, estas víctimas de la concupiscencia de la carne le cuestan a París seiscientos millones al año. Y aún se dice que esta cifra es menor que la realidad.

persigue la inocencia y la debilidad con igual furor que el lobo persigue a la oveja? La concupiscencia de la carne. ¿Qué cosa es la que arrastra a la afrenta, a la deshonra, a la ruina de la inteligencia, de la fortuna y la salud, a los escándalos ruidosos, a las disensiones domésticas, asesinatos, envenenamientos y abominaciones que no me atrevo a nombrar? La concupiscencia de la carne.

Concupiscencia de los ojos. Avaricia y curiosidad: he ahí lo que es; oro, plata, piedras preciosas, trenes lujosos, propiedades muebles e inmuebles, objetos raros y preciosos, en una palabra, todo lo que brilla: he ahí lo que quiere. Al examinar lo que hace, verás que no es menos desastrosa que la primera. Si la una trueca al hombre en un cerdo, como habla la Escritura, *sus in volutablo luti*[1], la otra hace de él un malvado. No soy yo quien lo dice, sino Dios mismo: «No hay cosa más inicua que el avaro». Semejante calificación te parece dura y me pides la explicación: pues te la voy a dar.

Malvado es el hombre entregado al crimen. Ahora bien: la avaricia es madre de todos los crímenes, reina en todos los males. El avaro es

2. II Petr., II, 22.

digno de tal madre. Desde cualquier punto de vista que se le considere es un malvado.

Malvado contra Dios. Le ha vendido: crimen excepcional que sólo comete el avaro. Además, todos los días pone en venta su alma, como se lleva una bestia a la feria; y esa alma pertenece a Dios, que la crió y la rescató con su sangre. ¿Cuánto me dais por ella y os la entrego? Le ofrecen una criatura ¡y qué criatura! Una criatura inanimada, que ni ve, ni oye, ni habla; que no ama, ni tiene alma, ni sentidos; una tira de papel, un pedacillo de metal duro y seco, que no es en sí más que un poco de tierra blanca o amarilla... ¡y él entrega su alma, la vende!

Malvado para con sus semejantes. La ley fundamental de toda sociedad es la abnegación, como es su destrucción el egoísmo. Pues bien: el avaro es egoísta, cruelmente egoísta. La usura, el robo, la rapiña, las concusiones, el fraude en todas sus formas, la mentira, el perjurio, los pleitos injustos, en nada repara por enriquecerse. ¡Cuántas familias arruinadas por los avaros!

Malvado contra los pobres. El trigo, el vino, el aceite, los frutos de la tierra, las riquezas de cualquier clase que sean, han sido criadas para bien de todos los hombres. Su destino es que circulen por todas las partes del cuerpo social, como la sangre circula por todas las venas del

cuerpo humano. Pero, ¿qué hace el avaro con todas esas cosas? Las distrae de su destino, las detiene, las aprisiona, deja que se pudran o se las coman los gusanos, o no consiente en soltarlas como no sea a precios exorbitantes. «El avaro, dice un gran doctor, es semejante al infierno, que lo recibe todo, y lo devora todo, y no devuelve nada, y nunca dice: Bastante».

Malvado contra sí mismo. O esconde bajo tierra sus riquezas, o las convierte en lujo. En el primer caso, no solamente rehúsa hacer participantes de sus bienes a los demás, sino que ni él mismo se aprovecha. Su felicidad suprema consiste en tenerlas y como sentirlas junto a sí. Primero que tocar a ellas se negará a sí mismo lo necesario, y en medio de la abundancia, vivirá tal vez peor que el último mendigo. Su vestido, sus muebles, su alimentación, su modo de vivir, justificarán vergonzosamente el epíteto de *sórdida* que todas las lenguas han dado a la avaricia. Entre mil ejemplos, tú conoces, lo mismo que yo, la historia de ese avaro que murió hace pocos años en París, en el barrio de San Germán.

En una buhardilla, baja de techo, estrecha, sin chimenea ni hornillas, que era estufa en verano y nevera en invierno, vivía un viejo, bajo de cuerpo, de labios delgados, mejillas hundi-

das, color amarillento, inquieta mirada y frente surcada de hondas arrugas. Rara vez se le veía salir. El hombre empollaba su oro, como la gallina empolla sus huevos. Un sombrero, que en tiempos antiguos había sido negro, pero que ya había perdido el color y la figura; un levitón grasiento y raído hasta la trama, unos pantalones de igual edad y valor, unos zapatones con piezas sobrepuestas, y cuyo térreo color acusaba gran economía de betún: tal era su porte. Del amueblaje no hay que hablar; no fue conocido hasta después de su muerte, pues en aquel cuartucho no se vio entrar jamás alma nacida.

Hacía algunos días que no se le había visto bajar; ya la gente de la portería entró en cuidado, llamaron a la puerta, y el viejo no respondía. Avisada la policía abrieron la puerta con la llave real de la fuerza. Acércate, amigo, y contempla al anacoreta de la avaricia, muerto entre las garras de tal madre.

En una mal llamada cama, cubierta de andrajos en desorden, pero que hacían las veces de sábanas y cobertores, yacía un cadáver descarnado, y cuyo hedor indicaba el principio de la descomposición. A guisa de almohada tenía un saquillo bien repleto, todo lleno de oro, plata, billetes de Banco y otros valores públicos. Revuelven la paja del lecho, y encuentran tam-

bién toda clase de monedas; toman unos viejos botillos, escondidos debajo de la cama, y los hallan llenitos de oro y plata. Total, cerca de cuatro millones de reales.

Sobre una silla de anea, medio deshecha, y única que había en la habitación, un botijo de tierra con una poca agua y unos mendrugos de pan duros y manoseados, que las Hermanitas de los Pobres hubieran acaso tomado para sí mismas, pero seguramente no los habrían querido para sus viejecitos. El infeliz había muerto de necesidad en medio de sus paquetes de oro y sus legajos de billetes.

¿Comprendes ahora la severa verdad de la palabra divina: «No hay cosa más inicua que el avaro»; y de esta otra: «El que es malo para sí mismo, ¿para quién será bueno?». Sería cosa de nunca acabar el contar todas las maldades del avaro, esto es, sus iniquidades y sus hechos afrentosos, tistes efectos de la segunda concupiscencia. En la carta siguiente te contaré otro ejemplo, que a lo odioso añade lo ridículo.

Tu afectísimo...

CARTA SÉPTIMA

SUMARIO: Otra historia de un avaro muerto recientemente. — Precaución ridícula. — Dureza de corazón. — El lujo, consecuencia de la concupiscencia de los ojos. — Desorden muy culpable. — Algunos ejemplos de lujo.

QUERIDO AMIGO:

Echar sobre sí mismo el ridículo por la violación voluntaria de alguna de las leyes sociales, es una desdicha, una culpa y un castigo. El avaro desafía a la opinión; pero la opinión se venga por los epítetos que aplica a la avaricia. Hay uno, entre otros, que, como ya lo hemos dicho, se encuentra en todas las lenguas: *sórdida*. En prueba de que lo merece, contemos otra historia.

Muchas veces habrás ido de París a Versalles por el ferrocarril del lado izquierdo. Un poco antes de llegar a Sévres, has visto en la orilla de la vía una elegante casita con su cerca y jar-

dín. La construyó, hace unos treinta años, un negociante de París, que en la primavera principalmente iba allí una o dos veces por semana a pasar el día con su familia y amigos. Según todas las señales, debía el hombre gozar de una fortuna regular.

Hace diez años que vendió los géneros y se retiró a su casa de campo. Por allí no se le llamaba sino Monsieur el Jorobado. Es que, en efecto, tenía en la espalda una prominencia bien convexa, que no presentaba precisamente la forma esférica de una verdadera joroba, pero que era, sin embargo, bastante saliente para no poderse disimular.

En el tiempo en que edificó la casita, el señor Jorobado no tenía esta enfermedad de la joroba, que le había sobrevenido, según decía, a consecuencia de una caída. Vivía aislado con una criada vieja, y no quería recibir sino muy de tarde en tarde a su hijo Alfredo, dependiente en una casa de comercio de París, porque las visitas de éste le ocasionaban gastos que no podía costear. Cuando Alfredo le replicaba que debía de ser rico, el señor Jorobado respondía invariablemente, que, en efecto, cuando se retiró del comercio, podía reunir unas 15.000 pesetas de renta; pero que había caído, como tantos otros, en la tentación de jugar a la Bolsa, y

se había arruinado casi completamente, no quedándole sino lo puramente preciso para vivir con la mayor economía.

Después que se le murió la mujer, el señor de la joroba se mostró más avaro todavía que antes. Suprimió el perro y los pajarillos que tenía, porque se gastaba demasiado en mantenerlos. Su sobriedad era extrema. Más de una vez su vieja criada, Juanita, le había amenazado con irse de casa por no poder sobrellevar unas comidas tan penitentes. El Monsieur no salía más que una vez cada dos o tres meses para ir a París a poner mano, como él decía, en sus *pequeñas rentitas*.

El día 1.º de septiembre murió casi de repente. Alfredo, avisado por la criada, acudió al punto, y casi al mismo tiempo llegó el médico encargado de examinar el cadáver.

Descubriendo el pecho del muerto, observó dos fajitas de lana, que se cruzaban por delante del pecho y pasaban por los hombros a las espaldas. Siguiendo su reconocimiento, el doctor descubrió que las tales fajas sostenían una especie de saquete de franela en medio de la espalda. Este saquete formaba la prominencia que hacía aparecer jorobado al antiguo negociante. Abrióse el saco, y con gran sorpresa de los presentes, se vio que la supuesta joroba contenía

doscientas cincuenta y siete mil pesetas en billetes de Banco, acciones de ferrocarriles y otros valores.

Michás adoraba a sus dioses secretamente por temor de perderlos; el Monsieur Jorobado los llevaba a cuestas. Constituidos en parte integrante de su persona, con él viajaban y con él dormían. Hasta el postrer instante de su vida les dio culto deformándose, mintiendo, imponiéndose a sí mismo y a los demás penosísimos sacrificios. ¿Qué te parece? El señor Jorobado merecía sin duda un privilegio de invención, pues en materia de desconfianza personifica en el más alto grado el genio de la avaricia.

Si el avaro no entierra sus tesoros, los convierte en lujo. Este segundo desorden es más frecuente, pero no menos culpable que el primero. Ambos son hijos del egoísmo: en uno y otro el hombre se hace su Dios. Víctima de la concupiscencia de los ojos, ambiciona todo lo que brilla, y lo quiere a toda costa; a costa de su tranquilidad y sus afecciones de familia; a costa de su propia salud, que gasta en viajes, en especulaciones y agitaciones incesantes, y aún a costa de su vida, que se gasta prematuramente, como una vela encendida por ambas puntas.

Lo quiere a costa del sudor y trabajo forza-

do de los artífices de su fortuna, que no conocerán día de descanso; a costa de las costumbres y fe de los mismos, que las perderán, sea porque ven el escándalo que les da el amo, sea en la atmósfera moralmente pestilencial de sus oficinas, obradores y talleres.

Lo quiere a costa de los sufrimientos y la miseria pública; sus entrañas son crueles: *Viscera impiorum crudelia.* «Pobres, enfermos, viejos, huérfanos, desvalidos, quien quiera que seáis, no tenéis ni vestido con que cubriros, ni pan que llevaros a la boca, ni leña para calentaros, ni medicamentos, ni quien os cuide, ni ampare. Que os planten en la calle a vosotros y a vuestros tiernos hijos, y os vendan a vil precio vuestros pobres muebles para pago del alquiler; que la necesidad arrastre vuestras hijas a la deshonra y a vosotros al suicidio: nada de eso me importa ni me hace mella. Yo doy mejor empleo a mi fortuna.

»Necesito oro y plata, y en abundancia. Necesito posesiones y más posesiones. Necesito tener casas suntuosas en la ciudad y en el campo. Necesito que mis habitaciones estén doradas y tapizadas de seda. Necesito de muebles, en los cuales la perfección de la forma compita con la riqueza de la materia. Necesito de blandas alfombras y pavimentos de mármoles raros.

Necesito joyas de pedrería engastadas en oro.

»Necesito la lencería más fina, los encajes más caros, las telas más ricas. Necesito cajas de plata. Necesito caballos de lujo y coches vistosos, Necesito objetos de arte, bronces, estatuas, cuadros, que el precio de uno solo bastaría para mantener largo tiempo a una familia pobre. Necesito, en fin, para mí, para mi mujer, mis hijos e hijas, mil cosas inútiles, de gran precio, buenas únicamente para llamar la atención y halagar la vanidad».

Para que no se me acuse de pintar un cuadro a capricho, voy a citarte algunos ejemplos, cuya autenticidad me consta, del lujo insensato que fascina y devora a los esclavos de la segunda concupiscencia.

Un pañuelo de bolsillo, 4.000 rs.; un par de puños, 4.000 rs.; un cepillo para el pelo, 400 reales; un peine, 1.200 rs.; unas chinelas para señora, 800 rs.; un cubrepié para la cuna de un niño, 4.800 rs.; una docena de gorros de dormir, 3.840 rs.; un vestido de bautizar, 2.400 rs.; una camisa de novia, 14.000 reales; una camiseta de dormir, 20.000 rs.; una pañoleta de encajes, 10.000 rs.; un velador de madera, 40.000 rs.; una sombrilla, 40.000 reales; un vestido, 56.000 rs.; otro vestido regalado a una dama por su marido, 88.000 reales; una manta de piel de

marta para coche, 160.000 rs.; alquiler de un piso, o también de un almacén, desde 40.000 a 320.000 rs.; un aderezo, 400.000 rs.

Tales y otras muchas son las cosas que quiere el hombre convertido en su propio Dios: no importa que cuesten mucho, porque a trueque de tenerlas, todo lo pone en venta, hasta su alma. Aquí me detengo, pues sería imposible decir las consecuencias morales, o más bien inmorales, de este lujo desenfrenado; esto es, sería imposible decir hasta qué punto de maldad e ignominia conduce a todas las clases de la sociedad esta segunda concupiscencia, hija legítima del error desastroso que combatimos. En la carta siguiente hablaremos de la tercera.

Tu afectísimo...

CARTA OCTAVA

SUMARIO: Tercera concupiscencia: la soberbia de la vida. — Lo que es, lo que quiere, lo que hace. — Espíritu general de insubordinación. — Fiebre de desorden. — Ambición del poder: intrigas, conspiraciones, revoluciones, tiranía. — Odio a toda autoridad. — Castigos provocados por el desorden de las tres concupiscencias. — Ultima proposición: El error de creer que esta vida es la vida, muy extendido en nuestros días. — Pruebas. — Peligros que amenazan.

QUERIDO AMIGO:

La soberbia de la vida es la tercera concupiscencia. Todos los días puedes verla con tus ojos y oírla con tus oídos. El mendigo hambriento no pide con tanto anhelo el pan que necesita para vivir, como los esclavos de las dos primeras concupiscencias van buscando, uno los placeres sensuales, otros las riquezas. Tienen hambre y sed de esto; hambre insaciable y sed inextinguible; hidrópicos que cuanto más beben más

sed tienen: *Quo plus sunt potae, plus sitiuntur aquae*. Pues éstos encuentran en la soberbia de la vida el mejor medio de tener en abundancia placeres y riquezas. Me pides la explicación de este misterio, y te la voy a dar.

Adorarse a sí mismo en sus ideas, en su talento, en sus cualidades físicas o morales, en su excelencia, en su verdadera o pretendida superioridad: esto es la soberbia de la vida. Autoridad, honores, consideraciones y alabanzas: eso es lo que quiere. Alzarse a los más altos grados de la escala social, tener en sus manos la posición presente y futura de una turba de subordinados, manejar arbitrariamente los negocios públicos o privados, a veces poseer o compartir el poder soberano; ciego es quien no vea en esto el medio más poderoso de satisfacer ampliamente la doble concupiscencia de la carne y de los ojos.

Por esto, entre las tres grandes pasiones que asolan el mundo, la más furiosa es la ambición del poder. Si quieres ver lo que da de sí semejante levadura fermentando en el corazón del hombre, no tienes más que abrir los ojos y mirar a tu alrededor.

¿De dónde proviene el espíritu de insubordinación de que tan violentamente trabajadas se ven hoy todas las clases de la sociedad? De la

soberbia de la vida. Nadie quiere ya obedecer; el operario quiere ser más que el que le paga; el criado quiere ser más que el amo; el estudiante quiere ser más que el profesor; los hijos quieren ser más que el padre y que la madre. ¿Qué es esto? La soberbia de la vida.

¿Cuál es la causa que en tan gran número de individuos, así hombres como mujeres, produce esa fiebre de desorden? La soberbia de la vida. ¿Quién deja desiertos los campos y acumula en las grandes ciudades, en espera de todos los empleos, esos enjambres de famélicos pretendientes? La soberbia de la vida.

¿No es también esa misma concupiscencia la que puebla las naciones modernas de descontentos, de ambiciosos al por mayor y al menudeo, que creyéndose aptos para todo, holgazanean rondando todas las posiciones, tienen envidia a los que las ocupan, y con el corazón o con la boca repiten este solo refrán: *Quítate tú para que entre yo?*

Si los que tienen el poder, las dignidades o la fortuna no se mueren bastante pronto, o no satisfacen pretensiones imposibles, la soberbia de la vida se da a buscar los medios de reemplazarles. Cual inmensa red, las sociedades secretas enlazan hoy ambos mundos. ¿Qué se propone este gran ejército de demoledores? Apo-

derarse del poder, y repartirse como una presa las dignidades y las fortunas. Si examinas el principio que ha formado esas sociedades, y el móvil que las hace funcionar, encontrarás que es la soberbia de la vida.

Con igual evidencia se muestra en las intrigas y bajezas de la ambición, en las conspiraciones y el regicidio, en los motines y revoluciones, en el despotismo de uno solo y en la tiranía de las muchedumbres, azotes que se han hecho endémicos en Europa, extremos funestos entre los cuales oscilan perpétuamente las naciones modernas.

¿Qué más diré? Como el árbol sale de la raíz, de la soberbia de la vida brotan, no sólo el odio al gobierno, sino también la negación del derecho; la negación de los derechos de Dios, de la Iglesia y del Papa; la negación de los dogmas, de las obligaciones y de cuanto se impone a la razón o a la voluntad; el odio y la negación de todo lo que en cualquier grado representa el principio jerárquico de la autoridad religiosa y social.

Si, pues, consideras esta tercera concupiscencia en acción, reconocerás bien pronto que es bajo todo aspecto soberanamente desastrosa. Madre de la ambición, ella es la que alimentando los planes de su hija y acariciando sus sue-

ños, arruina las costumbres sociales, rebaja el carácter de las naciones, y las puebla de autómatas con el nombre de funcionarios.

Ella es la que transforma a los depositarios del poder en chalanes de empleos, y sus antesalas en otros tantos bazares, en que todo se vende, porque se compra todo: la dignidad, el honor, la conciencia. Ella es, en fin, la que, haciendo a los pueblos ingobernables, acaba, como lo vemos en nuestros días, por convertir la sociedad en un campo de batalla, donde las pasiones desencadenadas se disputan con encarnizamiento los sucios y a veces ensangrentados girones del poder.

No es esto todo: el gran error que es padre de la tercera concupiscencia, llama todos los azotes. Como el imán atrae al hierro, el crimen atrae al castigo. Dios no ha abdicado. Sin duda es paciente; mas no puede ser indefinidamente espectador impasible de la violación de sus leyes. Pues bien, lo acabamos de ver; la soberbia de la vida es la revolución permanente, el principio violador de todas las leyes divinas y humanas, religiosas y sociales.

Por otra parte, Dios quiere demasiado al hombre para que le deje vivir pacíficamente en el mal. Como el padre quita de las manos de su hijo y rompe los juguetes que le entretienen con

perjuicio de sus obligaciones, así, para romper el encanto fascinador que arrastra a los hombres al abismo, Dios envía los azotes de su misericordiosa justicia.

Por eso se le ve echar sucesivamente sobre el mundo culpable las pestes, hambres, guerras, inundaciones, tormentas, terremotos, invasiones de bárbaros civilizados o no civilizados, las dislocaciones sociales; avisos terribles que dicen al hombre: «Has errado el camino: esta vida no es la vida; busca en otra parte esa dicha de que sientes necesidad invencible».

Tal es ordinariamente la conducta de la Providencia. Si la fascinación de las bagatelas se generaliza y completa, son también los avisos más generales y más temibles. Déjase oír un ruido sordo, precursor de la tempestad; el edificio social se cuartea y vacila, los tronos se desploman, los reinos y los pueblos se inclinan hacia su ruina: *Conturbatae sunt gentes et inclinata sunt regna.*

La inquietud reina por todas partes: *Dicentes: pax, pax; et non erat pax.* Como el fuego subterráneo de antiguo comprimido, las concupiscencias irritadas por largo tiempo hacen su explosión y transforman el orden social, entretanto que todos los azotes del cielo, a manera de avalancha, se precipitan juntos sobre la tierra.

¿No es esto, querido amigo, lo que hace algunos años y ahora mismo estamos viendo? La América Meridional, ¿no tuvo que sufrir en seiscientas leguas de su litoral verdaderas escenas del fin del mundo? ¿La isla de San-Thomas, no fue también asolada por el mar, invadida por montañas de agua, de altura, extensión y fuerza nunca vistas, que la arruinaron completamente? Y después el África, ¿no se cubrió de cien mil cadáveres de hombres, mujeres y niños muertos de hambre?[1].

Pero omitamos los desastres parciales y las advertencias sucesivas. En 1886 cayeron juntamente sobre el mundo todos los azotes de Dios: la peste de hombres y de animales; las misteriosas enfermedades de las viñas, de las patatas, de la caña de azúcar y de otros vegetales, en número de más de ciento; el hambre, la guerra, los temblores de tierra, las inundaciones y la plaga de la langosta. Si hay en la historia un año como ese, digo que no lo sé, y no tengo reparo en confesarlo; pues en esta ignorancia creo ir en muy sabia y numerosa compañía.

Si hubiera yo de hablar de las plagas del or-

1. Mayores han sido todavía los desastres que recientemente ha causado en la China el hambre, cuyos detalles no hemos podido leer en Europa sin estremecernos.

den moral, ¿qué no habría de decir? Basta señalar una sola, el socialismo, cuyas olas van subiendo a ojos vista, y amenazan echar abajo muy pronto las barreras ya harto quebrantadas que la fuerza material trata de oponerle. ¡Que los que tienen ojos para ver, vean! ¡Que los que tienen orejas para oír, oigan!

Para que el título de nuestra correspondencia quede justificado, réstanos, querido amigo, establecer la última proposición enunciada al principio de mi primera carta: lo haré en pocas palabras.

4.° EL ERROR QUE CONSISTE EN CREER QUE ESTA VIDA ES LA VIDA, ESTÁ, POR DESGRACIA, MUY EXTENDIDO EN NUESTROS DÍAS.No se puede negar: es grande, grandísimo el número de las víctimas; hormiguean en las ciudades y en los campos. En todas las naciones del antiguo y nuevo mundo, las categorías más elevadas, acaso más aún que las clases inferiores, le pagan largo tributo, y todo eso que se llama progreso tiende a aumentarlo. No es un misterio para nadie: el siglo XIX rueda hacia el materialismo y sensualismo, y por consiguiente, hacia la negación práctica de toda otra vida que no sea la presente.

Indudablemente se han visto en todas las épocas hombres que profesaban con su conducta

la negación de la vida futura, como en todos los siglos han habido cojos y ciegos. Pero todo un siglo, todo un mundo de ciegos o de cojos, o por lo menos, un siglo y un mundo en que la mayoría de los hombres sean ciegos y cojos, eso no se ha visto más que en las épocas fatales de la historia, en la época del diluvio, en la de los bárbaros, y ahora.

¿Cómo representar esta culpable degradación de la humanidad? Tú habrás visto al trapero nocturno, con su canasto a la espalda, recorriendo las calles París, llevando en una mano el farol, bajo hasta el suelo, y el gancho en la otra, parándose en todos los montones de basura para buscar algunos pedazos sucios de tal o de papel, que echa en el canasto.

He ahí, perdóneme que lo diga, he ahí al siglo XIX, a este gran trapero, que a la luz vacilante de su débil razón busca la vida en la muerte buscándola en la carne. A cada cosa que descubre en el orden material se para y se crea una nueva necesidad ficticia, excita una nueva concupiscencia, y se hace esclavo de un nuevo señor. Tal es, como le he dicho desde el principio, y quisiera tener cien voces para repetirlo, tal es *el gran error del siglo XIX*.

Ese error pesa sobre nuestro siglo, le penetra por todas partes, le inficiona en toda la con-

textura de su vida. El pozo del abismo está abierto, y de entre medio de la negra humareda que despide, salen nubes de asoladora langosta. Este nombre hay que dar a los monstruosos e innumerables errores que hoy mismo causan espanto aún a los corazones mejor templados, y cuya misión infernal es devorar la Religión cristiana, la moral cristiana, lo sobrenatural cristiano, la vida de la fe, para hacer prevalecer en todo y por todo la vida de los sentidos.

Pues este error, en el cual vienen a reunirse prácticamente todos los otros errores, conduce fatalmente hacia el abismo al siglo XIX. He ahí por qué no me canso de repetirlo una vez más, y por qué yo pagaría con mi vida el tener una voz bastante poderosa para hacerme oír de todos, reyes y pueblos, adormecedores y adormecidos. La historia de lo pasado es la predicción de lo futuro.

Al ver a los hombres antediluvianos casi universalmente entregados a la triple concupiscencia. cuyo cuadro hemos bosquejado, el Criador tuvo tan profundo dolor, *tactus dolore cordis intrinsecus*, que se arrepintió de haber hecho al hombre. Y añadió: «Puesto que no solamente toda la carne ha corrompido sus caminos, sino que el hombre se ha hecho carne, mi Espíritu no permanecerá en él; perecerá, y con

él las criaturas que ha hecho instrumentos de iniquidad»[1].

La amenaza fue de cerca seguida por el castigo: vino el diluvio y se los llevó a todos: *Venit diluvium et tulit omnes.*

¿Por qué los hombres antediluvianos se habían hecho carne? Porque habían tomado esta vida por la vida verdadera. La vida de arriba la habían olvidado. Para ellos el mundo sobrenatural no era nada: el mundo material lo era todo. Fascinados por este error desastroso, ¿qué hacían? Oigamos la respuesta. No pensaban sino en las necesidades y placeres del cuerpo, en comer y beber, en casar y casarse, en comprar y vender, en plantar y edificar. Añadamos un último rasgo, que no es el menos característico: hacían burla de Noé, quien fabricando su arca les anunciaba que aquello iba a concluir mal.

Ahora, querido amigo, hazte cargo de ellos, óyelos, pregúntales, y dime: Los hombres y los pueblos de hoy día, en general, ¿hacen otra cosa? ¿Piensan en otra cosa? Desean otra cosa? El mundo sobrenatural ¿pesa en la conducta del mayor número más que una barba de pluma en el platillo de una balanza? Bien lo podemos

1. Gen., VI, 3-12. Ya se sabe en qué sentido se deben tomar el dolor y el arrepentimiento de Dios.

poner en duda. El comercio y la industria, la industria y el comercio, ¿no son su eterno refrán, el centro de su acción y su atracción?

El comercio y la industria. o como ellos dicen, las especulaciones y los negocios, ¿para qué'? Para tener oro. Y el oro, ¿para qué? Para procurarse goces: goces para la vista, para el oído, para la boca, para todos los sentidos y para todas las concupiscencias. ¿No es la última palabra de las muchedumbres, ricas y pobres, en el siglo XIX, como lo fue de las muchedumbres anteriores al diluvio la víspera del cataclismo, y de las muchedumbres greco-romanas cuando la invasión de los bárbaros: *Duas tantum res anxius optat; panem et circenses?* ¿Y por qué esto? Porque el hombre moderno, como el antiguo, se ha hecho carne. Porque se ha dejado fascinar por el gran error, que consiste en creer que la vida de acá es la vida.

Para que el paralelismo sea completo, este siglo no sufre que se le hable, ni de lo sobrenatural, para lo cual ha sido formado, ni de los peligros que le amenazan. Los que tienen el valor de hablarle de eso, sacerdotes, Obispos o Papas, son unos alarmistas, a quien vuelven la espalda; Noés de quien se ríe, inteligencias atrasadas, espíritus sombríos, seres odiosos, cuya sola vista molesta.

Y sin embargo, ¿cuál puede ser el porvenir reservado a un siglo que se ha hecho carne; «que se ha cosido a su arado; que pone su gloria en sus máquinas y en la garrocha con que arrea a sus bueyes; que no habla más que de crías, agricultura y trabajos materiales; cuyas conversaciones son siempre de becerros; cuyo corazón está engolfado en los surcos, y su pensamiento en la grasa de las vacas?».

Vergonzosa y deplorable fascinación, signo demasiado cierto de próximas catástrofes, error inmenso, que se extiende y esparce de día en día. Por Dios, querido amigo, guárdate de caer en él: ésta es la mejor despedida que puedo darte al terminar mi larga carta.

Tu afectísimo...

CARTA NOVENA

SUMARIO: Dos verdades incontestables. — Razonamiento perentorio. — Por qué esta vida no es la vida. — Le falta lo que propiamente constituye la vida. — El espíritu no vive aquí, o no vive sino muy imperfectamente. — Errores e ignorancia a que está sujeto. — El corazón tampoco vive. — Las luchas, equivocaciones y tristezas. — El cuerpo tampoco vive: cuadro de sus miserias. — Esta vida no tiene goces ni duración.

QUERIDO AMIGO:

El mayor de todos los errores es creer que la vida ésta es la vida.

La mayor de todas las desdichas es obrar en conformidad a ese error.

En la bien pensada carta que acabo de recibir, me dices que no cabe discusión sobre estas dos verdades. Tú, además, las confirmas con un razonamiento decisivo. «Cuanto más el hombre se ocupa de este mundo, menos se ocupa del otro. Cuanto menos se ocupa el hombre del otro mundo, más se aparta de su fin. Cuanto más un

ser cualquiera se aparta de su fin, más culpable se hace. Y cuanto más culpable se hace, más desdichado es.

»Si, pues, un siglo se ocupa exclusivamente, o poco menos, de los intereses de este mundo, más pavoroso es el porvenir que se le prepara. Como en la historia de los pueblos cristianos no se encuentra ninguna época, que en el desbordamiento de la vida material se asemeje tanto como el siglo XIX a la época inmediatamente anterior al Diluvio, era muy oportuno llamar fuertemente la atención sobre tal semejanza: jamás se dio más justificado grito de alarma.»

Y ahora yo, querido amigo, añado con tristeza: Tal es la fascinación del mundo actual, que jamás ningún grito de alarma habrá sido menos escuchado. De todos modos, es gran consuelo para mí el saber que tú lo tomas en serio, y el esperar que no te faltarán imitadores. Pero tu curiosidad no queda satisfecha; ¿quieres saber bien por qué esta vida no es la vida? ¡Grave y hermosa cuestión! Te doy gracias por habérmela propuesto. Vamos sin tardanza en busca de la respuesta.

Me preguntas por qué esta vida no es la vida, la vida verdadera, la vida propiamente dicha, la vida tal como la exigen la idea de Dios, que es

quien la da, y la naturaleza del hombre, que la recibe. A mi vez yo te pregunto por qué razón el niño no es el hombre, y el arroyuelo no es el río, y el crepúsculo de la mañana no es la luz del medio día. Tu respuesta, será la mía. La vida de acá no es la vida, porque, o le falta, o no tiene sino muy imperfectamente, lo que constituye la vida. Me explicaré-

El ojo se ha hecho para ver, el oído para oír. Vive el ojo cuando ve, cuando ve bien, cuando ve lo que quiere ver, cuando lo ve tan bien como quiere, cuando lo ve sin cansancio. Vivo está el oído cuando oye, cuando oye bien, cuando oye lo que quiere oír, cuando lo oye tan perfectamente como desea, cuando lo oye sin fatiga. Lo propio debe decirse de los demás sentidos.

Cuando el ojo no ve sino imperfectamente y con pena, está enfermo; cuando cesa de ver, se ha perdido, está muerto. Cuando el oído no oye sino imperfectamente y con pena, está enfermo; cuando cesa de oír, se ha perdido, está muerto. Y lo mismo pasa con los otros sentidos.

Si el ojo ha sido hecho para ver, y el oído para oir, el espíritu ha sido hecho para conocer, el corazón para amar, el cuerpo para hacer. De aquí nacen la vida y el goce; vida y goce que no son nada, o casi nada, sin la duración, y ésta

tranquila. Pues bien, en la vida presente nada de esto tiene lugar, o no lo tiene sino de una manera muy incompleta.

La vida del espíritu consiste en conocer la verdad. ¿La conoce? Entre todas las verdades, las más ciertas y necesarias son seguramente las verdades religiosas. ¿Las conoce el espíritu del hombre? ¿Y hasta qué punto las conoce? Sin duda alguna tiene de ellas certidumbre; pero ¿las comprende? Escuchemos a San Pablo: «Acerca de las verdades divinas conocemos y hablamos como niños. No vemos las cosas más que en parte, en imagen y como en enigma»[1]. «La luz de la fe, añade San Pedro, es una lámpara que alumbra en lugar oscuro»[2]. En otros términos: para nosotros, pobres habitantes de la tierra, en el orden sobrenatural todo está lleno de misterios.

Tú puedes añadir que en el orden de la naturaleza pasa lo mismo. Todos los sabios convienen en ello. *No conocemos el todo de nada*, ni siquiera de una mosca. En comparación a lo que ignoramos, ¿qué es lo que sabemos? ¿Qué sabemos de la mar y de sus abismos? ¿Qué de la tierra y de sus entrañas? ¿Qué del firmamento y de los globos innumerables que lo embe-

1. I Cor., XIII, 9-12.
2. II Petr., I, 2.

llecen? ¿Qué sabemos de lo pasado, lo presente y lo porvenir? Los hombres más laboriosos y de mayor talento, después de medio siglo de estudios, se ven precisados a decir: «Todo lo que sé es que no sé nada». Bossuet mismo dejó escrito: «No conozco nada más vil y despreciable entre los hombres que el presumir de sabio»[1].

Y luego estas migajas de ciencia que nos gloriamos de poseer en historia, filosofía, política, astronomía, química, geología, medicina, artes liberales y mecánicas, en agricultura, en todas las cosas, nunca son puras. Como el oro cuando sale de la tierra, siempre están cubiertas de una capa de ignorancia, y aún de errores, de que apenas llegamos jamás a desprender completamente nuestros pobres conocimientos.

Tan verdad es esto, que el mundo entero está entregado a las disputas de los sabios, y estas disputas son eternas. Sobre unos mismos puntos se oye sucesivamente el sí y el no, sostenidos con igual seguridad. Tal sistema, tal descubrimiento, son aclamados hoy, que mañana serán abandonados y entregados al desprecio.

No es esto todo. Por imperfectas y débiles que sean estas partículas de verdad, ¡cuántas

1. Carta a Basnage.

vigilias, fatigas y gastos se necesitan para adquirirlas! No hay edad, ni condición, ni hombre alguno exento de este penoso trabajo. Desde que comienza a disputar la razón, el hijo del rey, como el hijo del pobre, tiene que hacer violencia a sus juveniles instintos, y pasarse largas horas y sendos meses en aprender a leer y escribir.

Más adelante, cuando hayan salido de la niñez, ellos y ellas se verán arrancados de las dulzuras de la vida de familia y condenados a vivir como acuartelados, por espacio de siete u ocho años mortales, en los colegios, obradores o talleres. ¿Para qué es esta dura condición? Para que aprendan un oficio o una carrera, es decir, para que adquieran cierta habilidad, cierta aptitud particular; en otros términos: porque conozcan las verdades necesarias para su existencia social y aún material.

So pena de no abrirse camino, o, como se suele decir, so pena de *arrinconarse y vegetar*, esa condición deberá durar por siempre. Trabajo para aprender, trabajo para aplicar lo que se ha aprendido, trabajo para no olvidar.

El hecho es, pues, incontestable: el espíritu del hombre no conoce la verdad, o no la conoce sino muy imperfectamente y a costa de los más penosos esfuerzos. Sin embargo, el espíri-

tu se ha hecho para conocer la verdad, como el ojo para ver la luz, plenamente y sin fatigas[1]. Luego no vive, o a lo menos no tiene sino muy incompleta vida. Luego para el espíritu esta vida no es la vida.

¿Hablaremos del corazón? Como el espíritu ha sido hecho para conocer la verdad, el corazón ha sido hecho para amar el bien. El bien del hombre es Dios y su ley; so pena de ser mártir de tormentos inenarrables, tal es el polo hacia el cual debe incesantemente gravitar, tal el fin que debe perseguir, tal el tesoro que debe poseer.

Pues bien, querido amigo, lo mismo que tú y lo mismo que yo, lo saben todos los hijos de Adán: menos penoso sería el trabajo del hombre que quisiera andar contra la corriente rápida de un gran río, o levantar con sus débiles manos un peso enorme, que el afán de un corazón que quiere constantemente amar lo que amar debe, y como lo debe amar.

Este pobre corazón, ¿por ventura, desde que tiene conciencia de sí mismo, no es teatro de luchas interiores, que no acabarán sino cuando cese de latir? Luchas crueles que le despedazan, le llenan de amargura, y muchas veces le cu-

1. Así la conocía Adán.

bren de vergüenza. ¿No es verdad que todos los siglos y todos los lugares le han oído y le oyen todavía lamentarse, suspirando: ¡Infeliz de mí; no sé lo que hago! El bien que amo no lo practico, y el mal que aborrezco lo cometo?

Mas quiero suponer que a fuerza de cuidado evitará todas las redes tendidas a sus pies, y que a fuerza de valor no se dejará lastimar ni degradar. Su vida en tal caso será una paz. mas no la paz, porque una multitud de inquietudes vendrán a turbarlas. ¿No son suyos los peligros de las personas que ama, suyas las heridas que ellos reciben, suyos los dolores que sufren? Ver con sus ojos como los seres más queridos sufren, mueren, se pierden, se corrompen y van por un camino que les lleva al abismo; ver diariamente ultrajar a sangre fría, blasfemar y aborrecer con odio infernal todo lo que se respeta y se adora; ¿es esto vivir?

Si sale de sí mismo, y quiere que descanse su ánimo en algunas afecciones legítimas, ¡cuántas decepciones no encuentra! ¡Cuántas espinas no vienen a añadirse a sus sufrimientos! Los malos comportamientos, las inconstancias, las ingratitudes, las diferencias de carácter, los celos, traiciones, calumnias, críticas injustas, separaciones, reveses de fortuna, la ruptura final de los lazos más queridos, parece que

se dan cita para proporcionarle suplicios incesantemente renovados. Y no cuento el aburrimiento, el inexorable aburrimiento que nace de todo, hasta del placer.

Así, siempre en luchas, siempre con disgustos, siempre con tristeza: tal es esta vida para el pobre corazón humano, para este corazón formado para amar con amor noble, pleno y tranquilo. No vive, pues, o no vive sino vida muy incompleta.

Luego para el corazón esta vida no es la vida.

Pasemos a hablar del cuerpo. Para el cuerpo vivir es hacer. Hacer es moverse por sí mismo. Moverse es poner en ejercicio todos sus sentidos y órganos libremente y sin dolor; de otro modo, la vida no es nada, o es poca cosa. Pues bien, amigo mío, ¡cuántos obstáculos no se oponen a este movimiento normal de nuestro cuerpo!

Pasemos en silencio la debilidad natural de la infancia y de la vejez. En estos dos extremos de la existencia el movimiento, reducido al estado rudimentario, es casi nulo. Hablemos solamente de los obstáculos que durante el período medio de la vida encadenan el movimiento o lo hacen difícil y doloroso. Estos obstáculos son las enfermedades.

Decir que desde la cuna hasta el sepulcro, de pies a cabeza, el cuerpo del hombre es un

teatro de dolores, no es decir demasiado. No sería mucho más difícil contarle los cabellos de la cabeza, que las enfermedades a que está sujeto. Cual turba de enemigos implacables, estas enfermedades le siguen por todas partes y le hostigan. Hay enfermedades de la infancia, enfermedades de la adolescencia, enfermedades de la juventud, enfermedades de la edad adulta, enfermedades de la vejez.

Las hay para cada órgano y para cada parte de cualquier órgano: enfermedades del cerebro, de los ojos, de los oídos, de los dientes, de la boca, del corazón, del pecho, del estómago, de los nervios, de los huesos, de las entrañas, de los pies, de las manos, y otras muchísimas cuyos solos nombres llenan volúmenes enteros.

No son menos varias en sus efectos que en su naturaleza. Las unas son tan fulminantes, que no dejan un momento entre la salud y la muerte. Las otras son agudas, y en pocos días convierten al cuerpo más vigoroso en sombra de lo que era o en un cadáver. Otras, más lentas, postran a sus víctimas durante meses y años en el lecho del dolor. Ni el Papa ni el rey, ni el rico ni el pobre, pueden sustraerse a sus ataques; de modo que el linaje humano es un gran leproso y el mundo un vasto hospital.

Sin embargo, amigo mío, no hemos apura-

do la nomenclatura de nuestras miserias corporales. A las enfermedades hay que agregar necesidades humillantes, innumerables, imperiosas, siempre antiguas y siempre nuevas. Diariamente necesidad de comer y de beber, de descansar y de dormir, de vestirse y desnudarse, de acostarse y de levantarse, de calentarse o de tomar el fresco, de buscar habitación y de defenderse. Querer enumerar todas las necesidades del cuerpo sería cosa de nunca acabar. De todo esto resulta que aún el hombre de mejor salud es un torreón cuarteado, que es preciso apuntalar por todos los lados para no verle pronto caer convertido en ruinas.

Para subvenir a sus necesidades es preciso que este pobre cuerpo, muchas veces enfermo, se entregue a rudos trabajos, arrostre la lluvia, el frío, el lodo, la nieve, la intemperie de las estaciones, sufra el calor y el frío, se condene a las ocupaciones más bajas en lugares malsanos o en la entrañas de la tierra, con peligro de su salud y aún de su vida. Y después de todo, feliz él si a costa de tantas fatigas puede prometerse tener siempre una cama en que acostarse, un trapo con que cubrirse, y por alimento un bocado de pan impregnado en el sudor de su frente, y muchas veces en las lágrimas de sus ojos.

Tal es para el cuerpo, y más penosa toda-

vía, esta vida presente. No obstante, este cuerpo ha sido hecho para que tenga la plena posesión de sus órganos, los conserve y los ponga en juego fácilmente y sin dolor. Luego no vive, o a lo menos no vive sino vida muy incompleta. Luego para el cuerpo esta vida no es la vida.

Este estado penoso y enfermizo del espíritu y el cuerpo excluye radicalmente una condición esencial de la vida: el goce. Lo veremos en mi próxima carta.

Tu afectísimo...

CARTA DÉCIMA

SUMARIO: A la vida presente le falta el gozar. — Conspiración de las criaturas. — Tres cosas que hay en la vida opuestas al goce: una cuna, una cruz, una tumba. — Miserias del hombre en la cuna. — Miserias del hombre adulto. —Lo que es al exterior. — Lo que es interiormente. — Condición esencial del goce es la duración. — brevedad de la vida. — La tumba en perspectiva. — Luego considerada en sí misma esta vida, no es la vida.

QUERIDO AMIGO:

En este mundo todo vegeta; nadie vive. Con razón uno de los más altos ingenios, San Agustín, llama a la vida temporal una vida moribunda, o más bien, una muerte viviente: *Vita mortalis, mors vitalis.* Semejante estado de cosas excluye la idea de la vida propiamente dicha; pues vivir es gozar, gozar es no padecer.

Pues al hacer en mi última carta la anatomía del espíritu, del corazón y del cuerpo humano, ¿qué hemos encontrado? El sufrimiento en to-

das sus formas, el sufrimiento en todas partes, el sufrimiento siempre; por eso es estrictamente exacta esta definición: nacer, sufrir, morir, eso es el hombre: *nasci, pati, mori.* Si en cada una de las partes que le componen padece tanto el hombre, considerado en su conjunto, ¿podrá decirse que goza? Responder afirmativamente será contradecirse en los términos.

Añadamos que todo lo que nos rodea contribuye a hacernos padecer. Por más bella y olorosa que sea, no hay rosa sin espinas. Mirándolo bien, se encuentra que en todas las criaturas hay cierto instinto de hostilidad contra el hombre, y como una comisión de la justicia vindicativa.

No hablo de los leones, tigres, panteras, leopardos, osos, lobos, cocodrilos, serpientes y tantos otros animales chicos o grandes, que son enemigos implacables del hombre, y cuya presencia es una amenaza permanente a su tranquilidad, y aún a su existencia.

Fija tu atención aun en las criaturas más inofensivas y necesarias. El cielo que nos alumbra se hace para el hombre sucesivamente bronce, fuego o hielo, y le causa sufrimientos indecibles. Junto a los mejores alimentos y a los frutos más exquisitos, la tierra produce espinas crueles y venenos mortales.

El aire que nos alimenta forma tormentas devastadoras, cuya violencia arranca de raíz bosques enteros, arruina las casas, y en pocos minutos deja asoladas extensas comarcas. Otras veces, mensajero de desdichas, trae miasmas pestíferos, que matan a los hombres por millares, y también nubes de insectos, que talan los campos, las viñas y los prados.

El fuego, elemento necesario para la vida, se vuelve repentinamente contra el hombre, y le consume las casas, las mieses, los muebles, las riquezas todas, y le arroja, como a Job, desde la cumbre de la opulencia, en el abismo de la miseria. El agua, madre del mundo, se alborota, echa espuma, hierve, rompe sus diques, y lleva lejos el terror y la desolación.

El caballo, el buey y los animales domésticos, que tan dóciles son habitualmente, se rebelan a veces contra el hombre, se encabritan, se enfurecen y le tiran al precipicio. El gato, tan mimoso y tan mimado, el perro, tan leal, enferman de rabia, y hacen cuanto pueden por inocular a sus amos el virus que los mata.

Lo mismo sucede con otras muchas criaturas. Si, pues, la vida supone el goce, y éste la paz, salta a la vista que esta vida no es la vida, sino la guerra, guerra continua, en la cual el hombre recibe cada día nuevas heridas, y es

vencido muchas más veces que vencedor. Por lo demás, he aquí en tres palabras el retrato exacto del hombre en este mundo.

Al principio de su existencia, una *cuna;* al medio, una *cruz;* al fin, una *sepultura: nasci, pati, mori.*

Una cuna. Oye como describe la suya el más grande de los reyes: «No os desvanezca la magnificencia en que me visteis. Yo también soy un mortal como los demás, de la raza de aquel primer hombre de tierra, y en el seno de mi madre me formé de sangre espesa durante nueve meses. Una vez nacido, respiré el aire común a todos, y caí en la misma tierra, e igual que los otros, mi primera voz fue llorar[1]. En pañales fui criado, y con grandes cuidados, porque ningún rey nace de otra manera»[2].

Hasta aquí, ¿dónde se encuentra la condición esencial de la vida, el goce? Pero consideremos más de cerca a este pequeño ser, que acaba de caer en la tierra cual fruta desprendida del árbol. Ese pequeño ser eres tú y soy yo hace vein-

1. Observadores curiosos dicen que el primer quejido de los niños comienza por A, que es la primera letra del nombre de Adán, y el primero de las niñas por E, que es la primera letra del nombre de Eva, como si se lamentaran de su caída. (Véanse en Alapide, in Sap., VII, 3.).

2. Sap., VII, 1, 5.

ticinco o sesenta años; es el que lee estas líneas, son todos los hombres y todas las mujeres que se mueven sobre la superficie del globo.

Tiene ojos y no ve; orejas y no oye; boca y no habla; manos y no puede servirse de ellas; pies, y ni se puede tener, ni arrastrarse, ni andar. No sabe más que una cosa, y nadie se la ha enseñado: es llorar.

Todos los demás seres, al nacer, se encuentran vestidos: los unos tienen vello y plumas, los otros escamas, éstos pelo y cerdas, aquéllos pieles; todos salen protegidos por su vestido natural contra el calor y el frío. Sólo el hombre nace desnudo, expuesto a todos los sufrimientos. Por esto es el único entre todos los animales que gime al nacer. Hasta aquí, repito, ¿dónde se encuentra el goce?

Así comienza la vida; veamos cómo continúa.

Una cruz. Y cruz intensa. Plantada en medio del camino, toca con un brazo a la cuna y con el otro a la tumba. Cruz pesada. Sin la ayuda de un brazo todopoderoso, magulla las espaldas más robustas. No está cepillada ni redondeada; tiene agudas esquinas y está toda erizada de nudos y garranchos. Cruz inherente al hombre. Por más que haga, no se la puede quitar de encima.

Con semejante carga a cuestas, el hijo de Adán recorre el intervalo que separa el principio y el fin de su peregrinación, con los ojos frecuentemente arrasados en lágrimas, lleno el corazón de inconsolables tristezas, con sus miembros a veces contrahechos, estropeados, doloridos, arrastrando consigo *la larga cadena de sus esperanzas fallidas.*

He ahí el hombre tal cual es en lo exterior. Tal le vemos en el trono, en el seno de la opulencia y las grandezas; tal lo mismo en los lugares de placer que en los hospitales; tal en las ciudades, tal en los campos; tal, finalmente, en toda la extensión de la tierra. Lo repito: ¿dónde está el goce?

¿Qué es en lo interior? Todo lo más humillante que se conoce. No hablemos ni de las miserias de su espíritu, ni de las miserias de su corazón; ocupémonos solamente de su cuerpo. Lo que fue en el seno de la madre, lo que fue al nacer, eso continúa siendo el cuerpo en lo esencial, ni más ni menos. Indudablemente la sangre de que fue formado se ha convertido en músculos, nervios, fibras, tendones, vísceras, carne y huesos; pero su naturaleza no ha cambiado, ni tampoco su destino. Salido de un elemento inmundo, inmundo es; salido de un elemento corrompido, está destinado a la corrupción.

Si, pues, me preguntas, querido amigo, qué es ese hombre a quien llaman príncipe, rey o emperador, que se adelanta montado en su caballo, magníficamente vestido, con el cetro en la mano y la corona en la cabeza, rodeado de su guardia de brillante uniforme, y delante del cual todo el mundo se inclina o calla, San Bernardo te responde: «Es un saco de estiércol, pasto de gusanos». *Saccus stercorum, cibus vermium.*

¿Y todos esos hombres cubiertos de brocado, cargados de condecoraciones, que marchan con la cabeza erguida, y que con todo su continente parece que van diciendo: «admiradme, envidiarme, respetadme»? San Bernardo te responde: «Son un saco de estiércol, pasto de gusanos». *Saccus stercorum, cibus vermium.*

¿Y todos esos matachines de la literatura obscena o impía, que desafiando a Dios y a los hombres se creen los regentes del universo? San Bernardo te responde: «Sacos de estiércol, pasto de gusanos». *Saccus stercorum, cibus vermium.*

¿Y esas mujeres, jóvenes o viejas, altivas, irascibles, idólatras de su persona, que a juzgar por lo rico, lo estrafalario y frecuentemente lo indecente de su porte, se las podría tomar por un muestrario de chucherías, o por figurines

ambulantes de cualquier saltimbanquis extranjero? San Bernardo te responde: «Sacos de estiércol, pasto de gusanos». *Saccus stercorum, cibus vermium.*

He ahí al hombre tal cual es interiormente. Él no puede ignorarlo, porque cada día viene a recordarle su humillante condición. Siendo esto así, ¿dónde está el goce de esta vida? Concluyamos, pues, querido amigo: que si la alegría es hija del goce, no hay alegrías en esta vida, o son alegrías con sufrimiento; mas éstas, ¿son verdaderas alegrías?

Una tumba. Vivir es gozar. Condición esencial del goce, la duración. ¿Qué viene a ser una alegría que no dura? Una satisfacción momentánea que se envenena ella misma. Se envenena por la certidumbre de su corta duración, por el disgusto y el vacío que deja en el alma. Tales son, sin excepción posible, los goces de acá; por muy largos que los quieras suponer, nunca podrán durar más que la vida. Y la vida ¿cuánto es? Cien años a lo sumo. ¿Y qué son cien años? Forma juicio por los años que tú has vivido. ¿Cómo se han pasado? ¿Qué te queda de ellos? Así pasarán los demás.

Son, pues, exactas, admirablemente exactas, las definiciones que nuestros Libros Santos dan a la vida. Si les preguntas qué es, te responde-

rán: ¿Ves la sombra de esa nube que pasa empujada por el viento? Eso es la vida.

¿Ves ese ligero vapor que se levanta en el horizonte y al punto se disipa? Eso es la vida.

¿Ves esa agua que corre y no se detiene? Eso es la vida.

¿Ves ese pájaro que cruza el aire? Aparece y desaparece, sin que se pueda encontrar rastro del camino que ha seguido. Eso es la vida.

¿Ves esa nave que hiende las olas y no deja detrás de sí ningún vestigio de la estela que formaba? Eso es la vida.

¿Ves esa flor que nace por la mañana y por la tarde se marchita? Eso es la vida[1].

¿Qué más diré? ¿Ves ese tren de ferrocarril que corre a toda máquina? Eso es la vida.

En una palabra. LA VIDA ES UN DÍA ENTRE DOS ETERNIDADES.

¿Quieres más todavía? Esta vida, tan corta de por sí, jamás permanece entera. Cada día, cada hora, cada minuto perdemos algo de la vida. Cuando nosotros crecemos, ella mengua. Perdemos sucesivamente la infancia, la adolescencia, la juventud. Todo el tiempo que ha pasado hasta ayer, hasta mañana, muerto es. Aún de la hora presente toma la muerte una parte; y

1. Sap., V, 9-13; Jac., IV, 15, etc.

en este mismo instante, mientras digo que todo muere, me estoy muriendo yo mismo[1].

Esto, que es verdad acerca del hombre, lo es también respecto a las demás criaturas: tampoco para ellas es vida la presente.

¿Qué son los millares de átomos que se ven flotar en una habitación cerrada, donde entra un rayo de sol? Son otras tantas partículas robadas a los cuerpos que allí hay, a la piedra, a la madera, a las telas. ¿Qué son los torbellinos de polvo que nos ciegan y el mismo barro que pisamos? Son otras tantas pérdidas, descomposiciones y muertes.

Por lo demás, el hombre, desde que entra en el mundo, tiene conciencia de esta brevedad de la vida. No hay quien deje de decir: *¡Cómo pasa el tiempo!* Pronto, pronto, nos vemos forzados a decir con Job: «Pasan mis cortos años, y ando por un sendero por el que no volveré. Mis fuerzas se van extenuando, mis días, se abrevian, y sólo me resta el sepulcro»[2].

Y en este sepulcro, en este inevitable sepulcro, ¡qué misterios se ralizan! Si, pues, te pones a recorrer todas las comarcas del mundo, y dirigiéndote a cada uno de los millones de indi-

1. Senec., epists. XXIV y LIX.
1. Job., XVI, 23; XVII, 1-2.